

jante precipitación en el recitado produce, naturalmente, dos revoltijos: uno al que dice la obra y otro al que la escucha.

A lo que podríamos llamar decadencia de los actores hay que sumar la decadencia de los productores. Aunque la mayoría de ellos jamás salieron de las cuatro paredes francesas del sainete o del agujero de la milonga sentimental, antes, por lo menos, sabían rascar la guitarra y estropear dignamente el lenguaje. Ahora parece ser que a fuerza de hacer siempre las mismas macanas, terminaron por olvidarse de macanear como la gente. Ya no da gusto ir al teatro ni siquiera para hacer la digestión o para cumplir aquel delicioso mandamiento rabelesiano de "rascarle la barriga al cerdo". Extraña que elementos que se conscriben sólo a cultivar el negocio, encaren tan pésimamente el asunto. Ningún negocio prospera vendiendo mala mercadería. Esta verdad se ha difundido tanto, que la conocen hasta los literatos. El negocio no finca en dar obras malas, sino obras buenas; sólo que la perversión de los empresarios ha llegado a tal grado, que las obras buenas son consideradas malas y las malas excelentes.

Del teatro nacional no quedan más que los restos. Al entrar en una sala ahora se experimenta la dolorosa impresión de penetrar en una cámara mortuoria. Hay olor a cadaverina. La carencia de público, además, le imprime al lugar un carácter concluyente de velorio artístico. La tragedia ya no está en el escenario: está en la platea.

### LO BUENO SE IMPONE Y TRIUNFA

En el cine, por el contrario, todo es floreciente. El público acude en grandes cantidades. Se dice que el pueblo no tiene un sentido de lo bueno, pero aquí revela tener un sentido óptimo. La cinematografía moderna encara los espectáculos con toda la seriedad que el arte y la empresa requieren. La representación de una obra es un problema complejo y grave. El cuidado especial que se coloca en la ejecución de las grandes películas — "El barquero del Volga", "Varieté" — demuestra la santa preocupación de verificar una obra de arte irreprochable. En nuestros escenarios, en cambio, se procede a puntapiés. Se ha dado el caso de poner "Resurrección" con cuatro ensayos y "Santa Juana" con tres. La precipitación con que suben y bajan las piezas del cartel responde a la precipita-

ción con que se las ensaya y a la falta de interés que ponen los intérpretes, que no disponen siquiera del tiempo indispensable para aprenderse el papel. Representar, ya no es una labor bendita del espíritu, ni es una alegría del corazón: es un castigo. El actor, a menudo, sale a escena como baja un condenado a las bodegas de un buque. Esta es la segunda parte de la tragedia: la tragedia del actor que paulatinamente se embrutece por exceso de trabajo y que consume paulatinamente, con su salud, los arrestos más nobles de su alma. ¿Qué preocupación artística puede alimentar un ser humano que trabaja como una bestia? ¿Un hombre o una mujer que se acuesta a las tres de la mañana, se levanta a la una de la tarde, corre al ensayo que termina a las cinco, acude a la vermouth, que empieza a las seis, cena a la disparada y vuelve al teatro para empezar la función completa que lo dejará libre a las dos? Y así un día y otro día, incluso el día de los muertos. ¿Puede una criatura que lleva semejante vida estudiar, pensar o vivir como un ser inteligente y sensible?

De esta manera, claro, nuestro teatro ha ido decayendo día a día, hasta llegar a la hora de esta hora, que puede llamarse "la hora fatal".

La prosperidad de un arte permite siempre una mejor organización. La desorganización es siempre un producto de la pobreza y un síntoma de disolución. En el cine todo es magistral, incluso la organización. Más que la obra de uno, es la obra de una colectividad. Es el arte colectivo por excelencia. Su amplitud de miras le presta esos contornos amplios. No es el pretendido arte de un actor que encabeza una compañía o de una actriz que quiere lucirse al frente de un elenco. Es el arte de todos. Hay, entre los que lo cultivan, quizás en virtud de la comunión de tantas inteligencias, un sentido universal del arte y no se produce para tal o cual país, sino que se produce para todos los países. Se ha desterrado de allí el egoísmo individual que mina los cimientos de todas las empresas colectivas, en cuya cuenta cae irremisiblemente la representación, que es siempre una empresa colectiva. Como se manejan grandes capitales y concurren grandes inteligencias, no se atienden las pasiones menudas de las personas que integran el espectáculo. Aquí el actor es todo. Allí el actor es una parte. Allí se hace todo bajo la inspiración de la mayoría y consultando los intereses del arte y de la especie. El espectáculo, entonces, tiene la grandiosidad y, a veces, la perfección a que puede llegar la síntesis de muchos cerebros reunidos. Aquí, en cambio, todo se hace bajo la inspiración de un solo hombre, generalmente el menos indicado para inspirar a nadie, por falta de talento y de inspiración.

### VOLVAMOS AL PRINCIPIO

La cinematografía ha alcanzado tal grado de perfección, que puede servirnos de escuela a todos aquellos que nos interesamos seriamente por el arte escénico: autores, actores, pintores, maquinistas, etc. En el teatro nos ocurre lo contrario: olvidamos lo poco que sabemos. Cuando no llegamos a embrutecernos totalmente. Ahora, bien. Siendo el cine una manifestación más importante por sus resultados prácticos, ¿cómo es, entonces, que todos los diarios tienen una sección formal de teatros donde derrochan su talento algunas personas de mérito, y no tienen una sección semejante para la producción cinematográfica? (Nótese que se le dedica mucho espacio, pero poca atención. Hay una página de cine, como hay una página de carreras). ¿Por qué estas personas de mérito, en vez de ir al teatro a ver "El casamiento de Chichilo" y escribir al otro día una crítica de dos columnas, no van a ver "Metrópolis" o "Iván el Terrible"? ¿Acaso no merece una atención superior "La barca de la muerte" que "Tu cuña fué un conventillo" o "A las nueve en el convento"? ¿Por qué en los grandes diarios personas expertas comentan la producción rastrera del teatro y personas inexpertas comentan la producción cinematográfica? ¿Por qué no hacen un cambio y pasan a los críticos teatrales a la sección cinematográfica y viceversa a los del cinematógrafo a la sección teatral?

### RESUMEN DE LA CRITICA

De todos los diarios y revistas el que mejor encara la crítica cinematográfica es "La Prensa". Hemos leído allí algunos comentarios sensatos y valientes. "La Nación", en cambio, muy pocas veces dice la verdad. Y el día que la dice lo hace entre líneas, de una manera tan suave, que sólo los entendidos o los amigos del crítico la llegan a embarajar. Luego, el criterio del comentarista es de lo más Carolina Invernizzo que hemos conocido. Hasta se nos antoja que esa sección está a cargo del señor Hugo Wast. Sólo aquellas películas calificadas de salón merecen un elogio o aquellas otras que pertenecen a una marca determinada, cuya exaltación paga, naturalmente, el productor.

Si excluimos a estos dos grandes diarios de la mañana, los de la tarde opinan reglamentariamente, en razón de la cantidad de avisos que se les entregue. Como los dia-

rios de la tarde tienen una tarifa inferior a los de la mañana, los avisadores, en el duro trance de comprar o perecer, optan por comprar al que se vende por menos precio.

Algunas publicaciones aisladas, como "Carátula" y "Martín Fierro", traen, a veces, algunas cosas muy interesantes. Y también varias revistas llamadas gremiales.

### HABLEMOS DE "CRITICA" PARA TERMINAR

"Crítica" es un diario que ha prosperado y prospera a fuerza de esos "hábilis interrogatorios" periodísticos que se llaman oficiosamente chantages. En otra jerga: "negocios sucios".

Advirtamos que no da puntada sin nudo. En poco tiempo pasó a la Avenida de Mayo y, de seguir así, ocupará pronto la Diagonal o el Pasaje Barolo. Lo más curioso de esto es que "Crítica" habla todavía ruidosamente de la moral y se atreve vuelta a vuelta a enrostrar a los demás diarios su inmoralidad. Aquello que escribió Schopenhauer: "Es fácil predicar moral; lo difícil es practicarla", le viene como de perilla al gran rotativo de las colectas.

En la página que anuncia los espectáculos hay una advertencia que reza así: "Crítica" ha devuelto los palcos que tenía asignados en todos los teatros y cines de Buenos Aires. Cree, así sentar un precedente necesario en el periodismo argentino, para afirmar la independencia de sus juicios sobre los espectáculos públicos". Luego, en el programa, viene una clasificación escolar de los espectáculos: bueno, regular, suficiente, malo. La independencia a que se refiere "Crítica" es la independencia de cobrar tres mil pesos por un anuncio diario, precio que muchas casas se negaron a pagar en aquel número especial que fué el motivo de la devolución de los palcos. Sabemos de buena fuente que la resolución de "Crítica" la motivó la casa Max Gluckmann, que fué la primera que se rebeló. Y adviértase que ahora todas las películas que pertenecen a Gluckmann figuran con esta clasificación: "Sala boicoteada". Luego se dan casos como estos. La casa de Botana es una madriguera de literatos, particularmente engendros del orden teatral. Cada vez que uno de estos sujetos estrena figura en el programa con una clasificación elevadísima, aunque se trate de un bodrio fenomenalmente cósmico, como "Un auxilio en la 34". A esto podemos añadir que quien dirige la página es un dramaturgo que tiene una extensa parentela que se dedica a escribir o a trabajar en las tablas.